

EL LEGADO DE JUAN SEBASTIÁN DE ELCANO CINCO SIGLOS DESPUÉS

Director del Instituto de Historia y Cultura Naval



UÁL ha sido el legado de Juan Sebastián de Elcano? Cuando la mayoría de los españoles de hoy queremos respuestas inmediatas a las preguntas más difíciles, consultamos *Google*. La confianza en las fuentes virtuales es mayor entre los *millennials*, la primera generación de nativos digitales, pero quienes —por el mero accidente de haber nacido unas décadas antes— miramos a estos con la misma mezcla, en proporciones variables, de recelo y envidia con la que nuestros padres nos veían a nosotros también necesitamos *Google*. Incluso si no confiamos plenamente en la red para entender el mundo, al menos tenemos que acudir a ella para conocer la perspectiva de quienes, llevados por la inevitable lógica de la edad, heredarán la tierra.

Si he entretenido al lector con ese razonamiento es solo para hacerme perdonar un hecho que quizá desdiga del cargo que desempeño: cuando se me pidió que presentara una ponencia en la Universidad de Sevilla sobre el legado de Juan Sebastián de Elcano, el primer sitio al que me llevó la curiosidad fue a *Google*. Experiencia, por cierto, decepcionante. Preguntando al popular buscador cuál era el legado del ilustre marino, solo me proporcionó una respuesta: el anuncio de una conferencia que con ese título se iba a celebrar en una cervecería en San Vicente del Raspeig, Alicante.

He dicho decepcionante, pero no inútil porque me dio a conocer una nueva vía para difundir la cultura —las disertaciones en estos locales quizá sean un camino a explorar— y me aportó algo que los seres humanos necesitamos incluso más que la información: la compañía. Existía al menos un alma gemela —y, a falta de datos fehacientes sobre los clientes de la cervecería, me



Detalle del monumento a Juan Sebastián de Elcano en Sevilla de Antonio Cano Correa, 1973.
(Foto: www.wikipedia.org).

refiero al propio conferenciante— interesada en el mismo asunto. Pero ni siquiera esta valoración, conformista y quizá sesgada, me impidió comprender que, falto de experiencia en el uso de *Google*, había sido demasiado específico al proponer la búsqueda.

Si el lector se molesta en entrar en este buscador con el nombre del gran marino vasco y reservarse para sí mismo el valorar cuál fue su legado, encontrará respuestas de dos tipos. En primer lugar, aquellas que nos cuentan su biografía, hoy día bastante conocida en España, aunque el resto del mundo siga creyendo que los primeros en dar la vuelta al mundo fueron Magallanes o quizá Drake. En segundo lugar, y desde luego con muchas más entradas que su propia semblanza, encontrará referencias a lo que podríamos llamar su memoria. Algo que sin duda complacería a Juan Sebastián de Elcano, después de todo coetáneo de Jorge Manrique, autor de estos conocidos versos sobre la fama:

«Y aunque esta vida de honor
tampoco no es eternal,

ni verdadera,
 más con todo es muy mejor
 que la otra temporal,
 precedera.»

No se entendía la fama entonces como el número de seguidores en *twitter* o la posibilidad de ser reconocido por la calle e invitado a firmar autógrafos, sino como la esperanza de ser recordado, de dejar huella. Juan Sebastián de Elcano la dejó, y su *vida de honor* quizá no sea eterna, pero es verdadera. Cinco siglos después, en memoria de nuestro héroe hay calles que llevan su nombre en prácticamente todas las ciudades españolas, aunque en algunas —prevengo al lector para que no se decepcione— haya que buscarlo con otra ortografía. Existen también bastantes colegios homónimos repartidos por la geografía nacional e instituciones y premios culturales, incluso trofeos deportivos.

En definitiva, Juan Sebastián de Elcano seguramente es en nuestro país el marino más recordado, aunque fuera de nuestras fronteras otros dos marineros españoles, Fernando de Magallanes y, sobre todo, Cristóbal Colón, sean bastante más conocidos. Y digo bien, dos marineros españoles, porque aunque no lo fueran de nacimiento alcanzaron la gloria al servicio de nuestros reyes y al mando de sus armadas.

Pero volvamos a Elcano. Es difícil saber si desde donde está él ahora tiene acceso a *wifi*. Si ese fuera el caso, seguro que le enorgullece comprobar que, dentro de este capítulo de la memoria, prevalecen en la red las reseñas de las actividades del buque escuela que desde el año 1928 lleva orgullosamente el nombre del primer hombre que circunnavegó la Tierra. Así pues, parece que el público general coincide con lo que intuimos que pensaría el propio navegante: dar nombre a un buque como nuestro elegante y marinero bergantín-goleta es el mejor homenaje al que un marino pueda aspirar.

Si de lo que se trata es de entender el mundo, tan importante como lo que está en *Google* es lo que no está. No es posible, desde luego, encontrar en la red mención alguna a la integración de las islas Molucas en la Corona de Castilla, que era el fin último de la expedición. Y no la encontrará el lector por mucho que busque porque nunca tuvo lugar, ya que, por desgracia para Magallanes, las dos hipótesis en que se basaba el sueño con el que consiguió convencer al rey Carlos I —la primera, que sería más fácil llegar a las islas de las Especias navegando a poniente que rodeando África, y la segunda, que las Molucas estarían en el lado hispánico del Tratado de Tordesillas— resultaron ser falsas.

Aunque él nunca dejó constancia de sus inquietudes, podemos imaginarnos cómo iría llenándose de dudas la mente de Magallanes a medida que cruzaba el Pacífico, cuando cada singladura adicional sin indicios de tierra, además de endurecer aún más las ya crueles condiciones de navegación, incrementar la lista de enfermos y de muertos por la enfermedad o por el hambre, agrandaba



Travesía Guecho-Guetaria, con motivo del V Centenario de la primera circunnavegación al mundo. (Foto: www.flickr.com/photos/armadamde).

las dimensiones de la porción del planeta todavía inexplorada. Y eso, ante los ojos del navegante experto no podía menos que alejar las Molucas del meridiano de Tordesillas y desplazarlas hacia la parte portuguesa del Tratado. Y así debió de sentirlo Magallanes, singladura a singladura, durante más de tres meses.

Siendo el portugués hombre adusto y reservado, es imposible saber cuáles eran sus motivaciones. Pero quizá fuera esa realidad, que ya podía intuirse con claridad cuando la expedición descubrió las Filipinas, la que llevara a Magallanes a empeñarse en unas acciones militares que le apartaban del fin último de la expedición, un empeño en el que, como es sabido, dejó la vida. Pero no fue solo él quien moriría; la expedición perdió otro centenar y medio de marinos. ¿A cambio de qué? Si se sigue la pista de *Google*, no es difícil concluir que su primer logro, el descubrimiento del estrecho que se llamó de Magallanes, nunca tuvo mucho valor desde el punto de vista de la navegación comercial. Extremadamente difícil de atravesar en los días de la vela, todavía hoy sigue siendo un paso muy poco transitado... Aunque yo mismo me precio de haberlo hecho a bordo, cómo no, del *Juan Sebastián de Elcano*. Eso sí, a motor y con práctico.

El segundo éxito en su haber, el prodigioso cruce del Pacífico, sí que llegó a tener una considerable importancia. Pero su interés comercial no se reveló

del todo hasta que, dos generaciones después del fracaso de la *Trinidad*, incapaz de regresar a España navegando hacia levante, Urdaneta logró encontrar el camino de vuelta. A partir de entonces sí que tuvo el Galeón de Manila el papel precursor que muchos destacan en el todavía tambaleante camino de una globalización que hoy queremos entender de una forma más amplia, no solo como la mejora de la comunicación y la profundización de la interdependencia de todas las naciones del mundo, sino como un deseo de que la humanidad vaya asumiendo que tenemos delante un camino que debiéramos recorrer juntos.

Así pues, desde el punto de vista comercial la expedición no tuvo el éxito que se esperaba, un hecho que algunos relativizan demostrando que las especias que trajo de vuelta la *Victoria* cubrieron los gastos, pero olvidando que ni se trataba solo de cubrir gastos ni se puede ignorar en este cálculo el valor de los años empleados o de las vidas perdidas. Sin embargo, a nadie se le puede escapar la importancia que tuvo en el terreno científico y en el político.

Desde luego, al regreso de la expedición, la geografía se enriqueció con la constatación de que la Tierra, que ya se sabía redonda, no solo era navegable en toda su extensión, sino que en realidad era mucho más mar que tierra. Se descubrió que las dimensiones de nuestro planeta eran considerablemente mayores de lo que entonces estimaba la mayoría, al integrar en los incompletos mapas de la época la inmensidad del océano Pacífico, que alejaba América de Asia más de lo que se había creído hasta entonces. Se descubrieron nuevos animales y plantas, nuevas lenguas y nuevas culturas.

Se constató también que no eran ciertos muchos de los mitos heredados de la Edad Media: no había monstruos al otro lado del mundo, ni fenómenos extraños, ni barreras físicas que impidieran llegar hasta allí. Se comprobó que la humanidad que habitaba la totalidad de este planeta que los dos grandes pueblos ibéricos habían por fin conseguido abrazar —los portugueses navegando hacia el este y los castellanos hacia el oeste— era suficientemente homogénea para ser reconocible.

Logros importantes, pero para valorar adecuadamente el legado de Elcano hoy es preciso ponerlos en perspectiva. En una escena de la gran película española *Amanece que no es poco* —que demuestra que los españoles también podemos hacer humor de calidad cuando no está contaminado por el odio o el desprecio—, el adúlador de turno le dice al alcalde: «Alcalde, todos somos contingentes, pero tú eres necesario». Un elogio quizá envenado, porque el mérito de la mayoría de las obras que sobrevivirán a los tiempos, como es el caso de nuestro Quijote, es precisamente el ser contingente. De no ser por el genio de Cervantes, ese libro nunca se habría escrito.

Sin embargo, la vuelta al mundo, como el alcalde de la película, era necesaria. La Tierra era redonda y alguien la había de circunnavegar. Lo que era contingente era el hecho de que lo hiciera en primer lugar una expedición castellana, aunque fuera lo más normal, puesto que con los conocimientos y

los medios de entonces era más sencillo navegando hacia poniente. En cualquier caso, contingente o no, el que nosotros fuéramos los primeros también tuvo importantes consecuencias... al menos para nosotros: se incrementó el prestigio de la Monarquía hispánica y del entonces ya emperador Carlos V; el Pacífico se convirtió —desde la perspectiva eurocéntrica por la que conocemos nuestra historia— en un «lago español», que fue surcado regularmente durante más de dos siglos por el Galeón de Manila; las islas Marianas, las Carolinas y, sobre todo, Filipinas tienen nombre español y, aunque se han perdido muchos de los vínculos culturales que las unieron a España, todavía hoy pertenecen al entorno cultural cristiano.

Es cierto que de todos esos logros el único que se mantiene hoy es el cristianismo, que sigue estando vivo en las que fueron islas españolas en el océano Pacífico. Quizá por eso, desde la perspectiva actual, podríamos llegar a concluir que el legado de Juan Sebastián de Elcano fue efímero, y nos equivocáramos enormemente, porque la huella imborrable del marino y de todos sus compañeros de expedición —lo que hace que 500 años después estemos todavía hablando de ello— es la gesta en sí.

Probablemente, lo que enriquecerá para siempre a la especie humana sean simplemente la hazaña y sus héroes. Pero, como el propio concepto de la hazaña está muy devaluado —hoy se considera que lo es remontarle una eliminatoria de la Copa de Europa al Barcelona—, merece la pena detenerse un poco en lo que con medios tan precarios lograron nuestros predecesores.

Desde la perspectiva del marino del siglo XXI, lo primero que cabe admirar es el valor con que los expedicionarios se enfrentaron a los riesgos de la empresa. A los elementos, por una parte: el viento y la mar, la calma y la tempestad, todos ellos enemigos mortales para los marinos, contra los que solo cabía defenderse desde la experiencia marinera y, cuando esta era insuficiente, desde la fe. Todavía hoy en nuestros buques de acero de miles de toneladas se reza al ocaso una oración que recuerda lo pequeños que podemos llegar a sentirnos frente a ese viento y esa mar, lo impotentes que somos ante la calma o la tempestad. Pero no eran estos los únicos adversarios. También hacía falta valor para navegar bajo la permanente amenaza de enfrentamientos con otros marinos igualmente valerosos pero con intereses encontrados, como los que servían a la Corona portuguesa, naturalmente poco inclinada a favorecer a quienes le disputaban las valiosas especias. Hacía falta valor y también confianza en las propias fuerzas para establecer contacto con los habitantes de cada una de las tierras visitadas, sin conocer de antemano si su actitud sería amistosa u hostil.

Además del valor, la tenacidad con que nuestros héroes se enfrentaron a la soledad de la alta mar, al hambre, a las enfermedades, a la rutina a bordo, a la lejanía... todos estos factores deben ser ponderados para entender de verdad lo logrado por Fernando de Magallanes primero y Juan Sebastián de Elcano después.

Pero lo que de verdad les hace diferentes de otros héroes, lo que convierte su hazaña en más admirable desde los tiempos del conocimiento que vivimos, es la audacia con que se enfrentaron a la incertidumbre y a su propia ignorancia. Se ha querido comparar la primera vuelta al mundo con la llegada del hombre a la Luna. Y sí, ambas son fruto de la ambición de la especie humana y de la visión de unos líderes con carácter y personalidad; las dos van montadas sobre la cresta de la ola del desarrollo científico de sus épocas respectivas, una ola todavía joven en el siglo XVI, pero que ya había alcanzado la altura necesaria para tal empresa en los campos de la Astronomía, la Cartografía, el instrumental náutico o la construcción naval. Son la consecuencia del valor de unos pocos y de la tenacidad de muchos. Pero, reconozcámoslo, Neil Armstrong sabía muy bien a lo que se enfrentaba,



Fernando de Magallanes en el Monumento a los Descubrimientos de Lisboa.
(Foto: www.wikipedia.org).

mientras que Magallanes y Elcano apenas podían haberlo intuido. Demostraron una audacia sin límites que, a pesar de lo que dicen los clásicos, no siempre es aliada de la fortuna, pero que sí lo fue en esta ocasión. Al menos para algunos, porque no podemos olvidar a los que nunca regresaron, a aquellos que, en la Rosa de los Vientos, se crucificaron por la España naciente en esas primeras décadas del siglo XVI y que con su sacrificio contribuyeron a forjar un Imperio en el que no se ponía el sol.

La hazaña, pagada con sangre, es pues el verdadero legado y no queremos que sea estéril, un legado sobre el que se puede y se debe construir. Precisamente por eso, por la posibilidad de apoyar las causas que hoy nos importan, hemos presenciado en los últimos meses cómo algunos gobiernos, entidades locales o instituciones han tratado de sumarse a las celebraciones del V Cente-

nario de la expedición —lo que está muy bien—, aunque en ocasiones de manera excluyente —lo que no está tan bien—, llegando a olvidar en el calor de la disputa que en este caso hay hazaña suficiente para cubrir las necesidades de todos.

El legado de Juan Sebastián de Elcano permite que, quienes hoy promueven la globalización, aprovechen este V Centenario de la gesta para dar impulso a sus proyectos. Que aprovechen también el V Centenario quienes quieren dar lustre a la marca España, o a la España global. Que lo aprovechen, siempre que lo hagan sin traicionar ni a la historia ni a los propios personajes, quienes quieren poner en el mapa a Guetaria, cuna del marino; o quienes quieren construir identidad a partir del nacimiento vasco de Juan Sebastián de Elcano o la nacionalidad portuguesa de Magallanes. Que aprovechen el V Centenario quienes tienen por objetivo difundir la cultura, fomentar el estudio de la historia o desarrollar los valores de la humanidad. Que lo aprovechen también, ¿por qué no?, quienes quieren potenciar la idea de Europa o mejorar las relaciones entre los pueblos ibéricos... y hasta quienes quieren aprovechar la ocasión para dar visibilidad a la necesidad de medidas para preservar los ecosistemas marinos. Para todos ellos, la hazaña es como un ladrillo que les puede ayudar a construir sus sueños.

Para la Armada también es importante este ladrillo porque —y ya es el momento de arrimar el ascua a la sardina que yo represento— lo que sí es evidente es que los protagonistas de la gesta fueron, todos ellos, por nacimiento o por elección, marinos españoles. Rendirles homenaje es, como dice el artículo 21 de nuestras Ordenanzas, un deber de gratitud para la Armada de hoy y un motivo de estímulo para la continuación de su obra.

Satisfecho el deber de gratitud por medio de las celebraciones ya programadas, ¿cuál es la obra que debemos continuar? Vivimos, es verdad, un mundo muy diferente. Ya no le corresponde a Carlos I ejercer el liderazgo. Ya no son los sueños de quien pronto sería emperador los que nos marcan el camino. Ese papel, el de soñar el futuro, corresponde hoy al pueblo español, en quien descansa la soberanía nacional de acuerdo con nuestra Constitución.

Por otra parte, tampoco son los mismos los sueños de los marinos de la Armada de hoy. Si las encuestas que lleva a cabo la Jefatura de Personal dan la medida de nuestras opiniones, ya no es el anhelo de fama o de fortuna lo que nos mueve. No están al día muchas de las razones por las que Magallanes, Elcano y quienes les acompañaban quisieron, en las palabras aún llenas de actualidad del Himno de la Armada, «ofrecer al peligro sus obras y pensamientos». Pero sí persiste, gracias en buena parte al ejemplo de nuestros héroes, la voluntad de hacerlo. Entre estos insignes marinos que nos inspiran, Juan Sebastián de Elcano brilla con luz propia.

Desde mi propia perspectiva de viejo marino, este V Centenario que estamos celebrando es también para nosotros una gran oportunidad para que todos los que servimos en la Armada recordemos lo alto que nuestros predecesores

nos han puesto el listón. Y es también una ocasión para recordar, con todo respeto, al pueblo español que, «queriéndoles hacer señalado servicio», los marinos de hoy también «nos obligamos» — ambas expresiones dicen mucho del espíritu con el que se asentaron las Capitulaciones de Valladolid— a transformar el mundo para ellos, como en su día hicieran Magallanes y Elcano para el rey Carlos I.

Y es una gran oportunidad para recordarle al pueblo español que, en ese señalado servicio, todavía tenemos mucho que ofrecer. Que bajo su liderazgo, y buscando no ya *ricas especierías*, propias de otros tiempos, sino *otras cosas de que serán nuestros reinos muy aprovechados* —es el caso de la paz y de la seguridad de los españoles— sigue habiendo en nuestras filas hombres y mujeres que, como Fernando de Magallanes, sabrán encontrar los caminos sobre la mar, y sigue habiendo en nuestras filas hombres y mujeres que, como Juan Sebastián de Elcano, serán capaces de seguir esos caminos hasta el final.





El *Juan Sebastián de Elcano* en aguas del golfo de Vizcaya, junio de 2019. (Foto: José Enrique Guardia de la Mora).